

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 55 AÑO 2005

TEMA 3: OBRAS. 3.9: PARSIFAL

TÍTULO: EL PAPA JUAN PABLO II Y PARSIFAL (Sobre la Teología artística de Wagner)

Autor: *Juan Carlos Juárez*

De todos es sabido la importancia que daba Wagner al Arte como medio para elevar espiritualmente a las personas. Para él, dentro del concepto de su doctrina de la regeneración, el Arte debería ser el medio ideal para sensibilizar a los espectadores sobre los grandes dramas de la vida y para indicarles claramente el camino de la regeneración. Por medio de una acertada poesía, una sublime música, y una puesta en escena bella y meticulosa, el espectador encontraría de manera adecuada, sin ninguna distracción exterior, el momento para reflexionar sobre las grandes verdades de la vida.

Algunas personas son defensores entusiastas de su música, aunque no vean trascendencia en sus poemas; otros (los menos) son más fieles de sus textos y encuentran algo "cargante" su música. Los llamados "wagnerianos" defienden íntegramente la unidad de su obra; y algunos devotos vamos más allá y defendemos no solamente su obra, sino la integridad de su vida.

Pero he aquí, que cuanto más se sumerge uno en el apasionante mundo de las obras de Wagner, más cosas -y más trascendentales- va descubriendo. La sorpresa con la que uno mismo se alegra al escuchar "por vez primera" aquel fragmento de uno de sus dramas, cien veces oído, pero que hasta ahora nos había quedado sorprendentemente inadvertido, parece que no cesa nunca. Y lo mismo sucede con las interpretaciones ideológicas de sus obras.

La doctrina de la Iglesia nos dice -y entramos de lleno en el tema que nos ocupa-, que sucede, y es un buen signo de evolución espiritual, que textos de los evangelios o de cartas apostólicas, que conocemos casi de memoria, pero que no entendemos del todo, o que pensamos que "no nos afectan" a nosotros en particular, un buen día, sin saber por qué, se nos muestran con una claridad que nos sorprende. Aquellas frases "oscuras" o que no nos afectaban (eso creíamos entonces), en un momento determinado, se iluminan y las

comprendemos como si "alguien" se encargara de traducirnoslas y explicarlas de manera sencilla y comprensible.

Lo mismo nos sucede en ocasiones con los textos de los dramas Wagnerianos. Hay veces en que esto nos sucede sin mediación de ninguna persona; y en otras ocasiones, como algunos casos que hoy comentaremos, otros autores, desvinculados de la estética wagneriana, como el caso de Juan Pablo II, nos muestran claramente los extraordinarios dotes artísticos -en este caso también religiosos- a los que el maestro de Bayreuth se adelantó nada menos que en más de cien años.

El lector perdonará si este artículo está un poco deshilvanado, pero lo cierto es que la idea de escribirlo surgió ya en el año 2003, a raíz de la publicación de la 14- y última encíclica del Papa Juan Pablo II "Ecclesia de Eucharistia" («Carta encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia»), y como quiera que el tiempo pasa más rápido de lo que uno desearía (sobre todo cuando hay tendencia a perderlo), la Providencia a querido que dos recientes acontecimientos hayan venido a impulsar este pequeño trabajo.

El primero de ellos fue el digamos "descubrimiento teológico" que sentí al asistir a una representación del Parsifal este pasado Viernes Santo en un pequeño teatro de Esparreguera, en Barcelona. Un grupo de amigos aficionados a la Opera se reúnen en este señalado día, y proyectan en pantalla grande el festival Sagrado de Wagner. [1]

Como quiera que algunos miembros de la "Associació Wagneriana" tenemos la costumbre todos los años de escuchar la escena de "los encantos del Viernes Santo", justamente en este sagrado día; decidí asistir a esta proyección de la obra, muchas veces vista, pero nunca suficientemente asimilada. La sorpresa llegó cuando en la escena final, en su última intervención, Parsifal pronuncia estas palabras dirigidas a Amfortas: «Bendito sea tu sufrimiento, que ha dado al pobre "simple" el sentimiento de la compasión, y con él la fuerza pura de la sabiduría». Confieso que hasta ese mismo instante no se me había revelado la profundidad de las palabras aquí escuchadas.

Hemos oído centenares, miles de veces, la pregunta crítica de por qué Dios permite que pasen cosas terribles en el mundo. Cuál es el sentido del sufrimiento humano. Ciertamente los Doctores de la Iglesia siempre han

respondido que Dios no permitiría que existiera el mal en el mundo, si de él no pudiera obtenerse algún bien. Y esto se me mostró claramente al escuchar las solemnes palabras de Parsifal.

Piense el lector en el argumento de la obra que nos ocupa. Amfortas es un personaje débil, y no solamente porque se encuentre herido y padezca en su carne y en primera persona las consecuencias del pecado. No. Su debilidad es manifiesta en todos los demás aspectos de su actuación. Cayó víctima de su pecado, pero además muestra su debilidad en todos los momentos: «lo que para vosotros es fuente de gozo -dice refiriéndose a la visión del Grial- para mí lo es de sufrimiento». Es también egoísta, pues en su dolor, prefiere la destrucción de la Orden De Caballeros instituida por el mismo Dios, para así no padecer más.

Amfortas, aún cuando no hubiese caído herido, hubiera sido siempre un mal rey de los caballeros del Grial.

¿Qué hace Dios mientras tanto para solucionar este problema? ¡Aprovechase del dolor de Amfortas!. Parsifal NUNCA hubiera llegado a ser el destinado a reinar entre los caballeros, si el sufrimiento de Amfortas no le hubiese despertado el sentimiento de compasión.

He aquí el misterio teológico que Wagner nos muestra en su obra. («¡Bendito sea tu sufrimiento!») Dios permite la existencia de un mal, del sufrimiento humano, para hacer que los muchos "simples" que existen en el mundo, despierten y se vuelvan activos, tomando conciencia de la pasividad en la que viven, y de su deber de actuar como protagonistas directos en los hechos que les rodean. Wagner nos está lanzando un claro mensaje: no basta con ser "buenas personas" (Parsifal ya lo era en los inicios de la obra), es necesario ir más allá, sentir los dolores del mundo y actuar en consecuencia, siempre en las medidas de nuestras posibilidades.

Puede que para algún lector, extraer estas consecuencias puramente religiosas sea algo exagerado, sobre todo si creemos erróneamente en la propaganda tendenciosa que siempre nos presenta al maestro como carente de cualidades personales o de sentimiento religioso alguno. Permítanme que les transcriba a continuación unas declaraciones de Wagner poco conocidas. Están sacadas de la "Revue Wagnerienne" del mes de junio de 1887 y escritas por Villiers de l'Isle

Adam bajo el título de "Souvenir", y muestran una conversación del autor con Wagner en Lucerna, en otoño de 1868:

«Una tarde, cuando empezaba a oscurecer, sentados en la sala, delante del jardín, pregunté a Wagner, sin ningún tipo de preámbulos, si era de una manera artificial, a fuerza de categoría artística o potencia intelectual, como había podido inundar toda su obra de esa altísima impresión de misticismo que desprendía; en una palabra, si por encima de toda creencia personal se había sentido lo suficiente independiente de conciencia para no mostrarse cristiano sino cuando los argumentos de sus dramas lo requerían... Siempre recordaré la mirada que del fondo de sus extraordinarios ojos azules Wagner fijó sobre mí: "Aquel que movido por bajos intereses de éxito o de dinero, trata de ofrecer, en una presunta obra de arte, una fe ficticia, se traiciona a sí mismo, y la obra que produce nace muerta. El verdadero artista que crea, une y transforma, ha de tener estos dos dones indisolubles: talento y fe. En cuanto a mí, ya que me lo pregunta, sepa que antes que todo soy cristiano y que esos valores que tanto le impresionan en mi obra están inspirados y creados en principio sólo por este motivo". Este fue el sentido exacto de la respuesta de Wagner». [2]

No es de extrañar que Wagner, inspirado en la fe que daba sentido a sus obras, supiera plasmar tan bien, y en tan corto espacio de tiempo, complejas ideas teológicas como la del sufrimiento humano.

Pero aquí llegamos al segundo acontecimiento que ha desempolvado del cajón de los artículos "no concluidos", los comentarios que pensaba realizar hace ya dos años. El día 2 de abril de este año se producía el fallecimiento de Juan Pablo II. Este hecho, al margen de otras consideraciones religiosas y personales más profundas, me hizo recordar algunos de los escritos del Papa (tan infatigable escritor como viajero), entre ellos la "carta a los artistas", -de la que algún día se podrían hacer también algunos comentarios-, y sobre todo la carta encíclica que a continuación pasaré a comentar.

Cuando en su momento leí esta encíclica no pude menos que sorprenderme positivamente de las formas -y sobre todo, de las palabras- con las que el Papa expresaba dos temas que para los wagnerianos son muy conocidos: la enigmática frase "aquí el tiempo se convierte en espacio" (I-Acto), y la reflexión de Gurnemanz sobre la redención de toda la naturaleza en la escena de "los

encantos del Viernes Santo" (III-Acto).

Evidentemente, Juan Pablo II no habla de "Parsifal", él habla únicamente del misterio Cristiano de la Eucaristía, pero justamente, el hecho de que el padre espiritual de la Iglesia emplee términos similares para referirse a unos temas que Wagner trata de una manera similar 121 años antes, no deja de ser sorprendente a la par que gratificante, mostrándonos que la intuición de Wagner era realmente acertada.

Veamos una comparación de ambos escritos:

En el primer acto de la obra, asistimos al siguiente diálogo:

GURNEMANZ: (...) El Grial te dará de comer y de beber.

PARSIFAL: ¿Quién es el Grial?

GURNEMANZ: (...) No hay camino material que conduzca a él y no pueden recorrerlo los que él mismo no guíe.

PARSIFAL: Apenas ando, y ya me parece que estoy lejos.

GURNEMANZ: Ya ves, hijo mío; aquí el tiempo se convierte en espacio.

Wagner en "Opera y Drama" habla de un estado más elevado de conciencia, en el que no reinan los conceptos ordinarios de "tiempo " y "espacio": «El tiempo y el espacio no son nada en sí mismos, y sólo llegan a ser algo mediante su anulación por algo real, por una acción humana y su ambiente natural... Tanto el tiempo como el espacio quedan aniquilados por la contemporaneidad del drama».

Ahora comparemos con el texto de la encíclica:

Punto 59 de la encíclica: (Las palabras en mayúsculas son nuestras)

«Desde hace más de medio siglo, cada día, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, **EL TIEMPO Y EL ESPACIO SE HAN "CONCENTRADO"** y se ha representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa **"CONTEMPORANEIDAD"**. (...) Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos, pero nos basta sólo la fe...»

La explicación al misterio del "tiempo y el espacio" no puede estar más clara. Como el mismo Wagner nos dice, estos dos conceptos solo son medibles en el aspecto puramente humano; si hablamos de cosas "intemporales", -y nótese

que en ambos casos, tanto Wagner como Juan Pablo II se refieren a lo mismo, la celebración de la eucaristía- los conceptos de "tiempo y espacio" se transforman y se confunden:

- "El tiempo y el espacio se han concentrado" (JP-II) / "Aquí el tiempo se convierte en espacio" (W)
- "Nuestros sentidos fallan" (JP-II) / "No hay camino material que conduzca a él" (W)
- "Nos basta sólo la Fe" (JP-II) / "Solo pueden encontrar el camino los que él mismo guíe" (W).

El siguiente ejemplo que comentaremos se refiere, como ya hemos indicado, a la escena conocida como "los encantos del Viernes Santo". La lectura de esta escena en los textos medievales fue la que motivó que Wagner se decidiera a escribir su "Parsifal".

Se ha dicho con mucha frecuencia que Wagner fundió en su "Parsifal" las ideas anteriores de sus proyectos "Los Vencedores" y "Jesús de Nazaret". Es difícil saber si esto es cierto o no. Nosotros sinceramente no hemos encontrado ninguna prueba que pueda afirmar esta idea, por otro lado siempre repetida en diversos autores y nunca completamente demostrada. Pero nos gustaría llegados a este punto -el de unir las ideas budistas y las cristianas- exponer unos conceptos que se entremezclan siempre erróneamente, y que al igual que el comentario anterior, son repetidos continuamente induciendo a graves errores ideológicos.

El hecho de que "Parsifal" trate de una manera prioritaria el tema de la compasión, hace pensar a muchas personas, que esto es debido a una influencia budista, pues para esas personas, -al parecer-, la compasión en su estado más elevado (que incluya a toda la naturaleza) no existe en el cristianismo. Esto, además de ser un error de los que buscan siempre lo bueno "en casa ajena", muestra un desconocimiento práctico de los conceptos religiosos.

No puedo decir que las religiones budistas no tengan muy arraigado el sentimiento de compasión (las miles de vacas y otros animales a los que no se

les hace daño y que deambulan sueltos en diferentes países asiáticos les dan la razón), pero en esos mismos países, otros miles de personas se mueren de hambre sin que los mismos budistas hagan nada por ellos, lo cual, si no lo demuestra, por lo menos indica que algo falla en el concepto budista de la compasión.

Es evidente que la compasión (padecer-con) está más arraigada en la religión cristiana, no solo de una manera teórica, sino eminentemente práctica.

Y para mostrar esta idea pasamos al siguiente ejemplo de los textos que estamos analizando.

* * *

II Acto: (Señalamos únicamente los fragmentos más significativos)

PARSIFAL: (...) ¿Cuándo me habló la naturaleza un lenguaje tan íntimamente amoroso?

GURNEMANZ: ¡Estos son los encantos del Viernes Santo, señor!

(...)

GURNEMANZ: (...) Todas las criaturas se regocijan de haber encontrado el benéfico vestigio del Salvador y le consagran su plegaria. No pudiéndole ver a él mismo en la cruz, contemplan al hombre redimido; (...) gracias al sacrificio amoroso de Dios: las mismas plantas y flores de las vegas participan de este beneficio, porque hoy el hombre no las aplasta con sus pisadas, mas las respeta piadosamente, deslizándose con suavidad sobre ellas; de igual modo que Dios, con su celestial paciencia, se apiadó de él y por él padeció. Así, pues, todas las criaturas han de agradecer lo que aquí florece y pronto se marchita, porque la naturaleza, purificada de sus pecados, recobra hoy su virginidad.

Comparemos a continuación con la encíclica.

Punto 8 de la encíclica: (Las mayúsculas son nuestras).

«He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; (...) Estos escenarios tan variados de mis eucaristías me hacen experimentar intensamente su carácter

universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. **ABARCA E IMPREGNA TODA LA CREACIÓN.** El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un acto supremo de alabanza, a Aquel que lo hizo de la nada. De este modo, El, (...) devuelve al Creador y Padre **TODA LA CREACIÓN REDIMIDA.** (...) Verdaderamente, éste es el *mysterium fidei* que se realiza en la Eucaristía: **EL MUNDO NACIDO DE LAS MANOS DE DIOS CREADOR RETORNA A EL REDIMIDO POR CRISTO.»**

La idea central mostrada por Wagner, de que la naturaleza participa de alguna manera de los beneficios de la redención ofrecida por Cristo, y que del mismo modo, el hombre respeta a la naturaleza como parte integrante de su cosmovisión ideológica, es claramente reflejada en la carta del Santo Padre.

- "Cristo devuelve al Padre toda la creación redimida" (JP-II) / "Todas las criaturas contemplan al hombre redimido, (...) Gracias al sacrificio amoroso de Dios, las mismas plantas y flores de la vega participan de este beneficio" (W).

* * *

No puedo dar por finalizado este artículo sin mencionar algunos comentarios que me sorprendieron gratamente, del nuevo Papa Benedicto XVI. Antes de ser nombrado el sucesor de Juan Pablo II, ya se le conocía por su afición a la música. En una ocasión, asistiendo a un concierto de música religiosa en Munich, comentó: "Quien se emociona por la belleza de la música, sabe que la fe que se muestra es verdadera". Frase que estaría en consonancia con lo que el mismo Wagner comentaba más arriba, a propósito de la mística que puede desprender su obra.

Otra frase del nuevo Papa, que me llamó poderosamente la atención, porque está totalmente dentro de la estética wagneriana y de su "doctrina de la regeneración", es la siguiente: "El nihilismo devora la existencia de muchas personas, y eso no se vence con un discurso filosófico, sino con la conmoción que transmite la belleza".

Y finalmente, no hay mejor forma de terminar, que citando también una

sentencia que el nuevo Papa expresó firmemente en su primera homilía. Delante de los cientos de representantes de los gobiernos de casi todo el mundo, afirmó con rotundidad: "No es el poder lo que redime al hombre, sino el amor".

La redención por amor, claro leitmotiv wagneriano.

Nosotros no podemos disimular nuestra alegría, porque la belleza y el sentimiento que transmite la obra de Wagner, va más allá de una mera percepción temporal, es algo que sobrepasa lo meramente humano:

"La religión es amor, y porque es amor es poesía. (...) Sí, el amor es el manantial perenne de toda poesía, el origen fecundo de todo lo grande, el principio eterno de todo lo bello; y digo el amor porque la religión, nuestra religión sobre todo, es un amor también, es el amor más puro, más hermoso, el único infinito que se conoce, y sólo a estos dos astros de la inteligencia puede volverse el hombre cuando desea luz que alumbre en su camino". [3]

NOTAS

[1] *Por supuesto se escoge para la ocasión una versión que sea digna en todos los sentidos, lo que quiere decir que siempre es la del MET de Nueva York, que es la única versión que se puede ver sin que a uno le den ganas de correr a espaldas tras el director de escena.*

[2] *Páginas transcritas por Anna d'Ax, "Wagner vist per mi", págs. 28 y 29.*

[3] *Gustavo Adolfo Bécquer, "Cartas literarias a una mujer".*